

Poemas de otoño

LUIS FRAYLE

I. Rosa morada esperando el invierno

He cortado la última rosa
y la he puesto en un búcaro
[sencillo de cristal.

Ayer, mi última rosa fue morada,
cuando moría octubre.

Ha resistido los primeros hielos
junto a algunos claveles amarillos.

Llegó noviembre
y sólo han pasado la muralla
enhiestos los geranios
y mi flor del amaranto
que está derramando su semilla enro-
[jecida
inclinada llorando hacia la tierra.

Mi viejo jardín
da frutos no maduros
de un tierno dulzor anochecido,
me acoge en esta tarde
de otoño y añoranzas
mientras huye el sol por el poniente
y oigo los trinos tristes
de un pájaro escondido
que busca el invierno entre las ramas.

Ay, qué dulce aquí el atardecer
anhelando esa llamada
que sé que llegará desde muy lejos
porque mi emblema
es de espera y de esperanza.

Esa voz dulce y gozosa
es para mí como un advenimiento
anhelado siempre desde el frío.
Palabra que rodea mi corazón
con brazos cálidos
y enciende la lumbre
de tantos amores que he perdido.

Insistente y amorosa,
es la propia imagen que ha grabado
con fuego inesperado y sorprendente
una figura celeste de mujer,
que un día venturoso
se metió en las curvas postreras
de mi vida siempre insatisfecha.

Es la imagen de la voz
de un rostro femenino
que me sostiene la mirada
en este enigma florecido del invierno
de mi vida.

*El Refugio-Salamanca. Día de
todos los Santos, 2013*

II. Crepúsculo de noviembre

Estas llamaradas de otoño
se me insinúan entre mis carnes
y abrigan mi alma
con un velo suave de añoranza.

Arden, por fin, las alamedas
de las riberas de mi río
y sus amarillos me penetran como pu-
[ñales
y me anuncian el frío del invierno.

Contemplo en ellos mis recuerdos
y estoy esperando si algún día
el poniente atardecido
derramará su sol ardiendo entre las
[nubes,
traspasadas por la última luz
que oculta el horizonte
como si fuera la aurora de la noche.

Voy siguiendo el camino
que me marca la corriente
por un reguero de oro enardecido
que poco a poco irá cayendo al suelo
como vuelan los pétalos de rosas oto-
[ñales
y no serán ya más que muertas hojas.

Podré otear aquí el invierno
a través de los huesos de los árboles,
blancos esqueletos,
en la bruma tibia que sube de las aguas
y oculta a mis miradas el misterio.

Y luego un frío largo
que tendré que combatir al cobijo del
[fuego
que enciendo en el refugio de mi valle.
Calentaré mi corazón
y convocaré los ojos
que en el tiempo me han mirado.
Y guardaré aquí el cariño acumulado
[tantos años

para que crezca con el fuego
y pueda derramarlo abundante en
[otros corazones
a los que a veces siento lejos
pero sé que están metidos
en lo más profundo de mi alma.

En el invierno con la niebla se acortan
[las distancias
y te vas hundiendo en el enigma de un
[sol escondido
que sabes está ardiendo
en las nubes del crepúsculo.

*El Refugio, Salamanca.
7 de noviembre, 2013.*